

GUSTAVO A. BECQUER

BIOGRAFÍA POR
NARCISO CAMPILLO
(I N É D I T A)

NUNCA he tomado la pluma conociendo mejor el asunto de que voy a tratar, y, sin embargo, jamás experimenté la indecisión en que ahora mi ánimo vacila. Porque escribir la biografía de un personaje universalmente reputado, y cuya existencia, completa en el tiempo, ha producido todos sus frutos para el saber, para el arte, para la gobernación de su patria, es narrar hechos íntegros, es presentar el drama humano desde su exposición hasta su desenlace.

Pero bosquejar el cuadro de una vida, cuyos hilos rotos flotan al acaso, de una vida que fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un medio día espléndido y una serena y luminosa tarde, es tomar la pluma del biógrafo para cambiarla pronto por la del poeta y dejando el terreno de la realidad, lanzarse por los campos imaginarios de la fantasía. Procuraré contenerme en los límites de lo justo, sin que la amistad ni

otra consideración alguna me perturbe ni extravíe.

En Sevilla, y en el mismo barrio en que el célebre caballero Don Miguel de Mañara, tipo original y primitivo de Lisardo el Estudiante y de Don Juan Tenorio, sintió el misterioso golpe y vió desfilas su propio entierro, nació en el 1835, dos años después que su hermano el pintor, D. Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer. Eran sus antepasados oriundos de Alemania; mas ya en el siglo xvi avecindados y conocidos en la reina del Guadalquivir entre las más hidalgas familias. Fué su padre D. José Domínguez Bécquer, pintor aventajado en el género de costumbres, y su madre, doña Joaquina Bastida. Ambos, el esposo antes y poco después la joven viuda, bajaron al sepulcro, dejando, a unos en la niñez y a otros en la cuna, siete hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo Adolfo, Ricardo, Alfredo y José. Un tío, anciano y sin descendencia, Don Juan de Vargas, se encargó de los huérfanos, haciendo para con ellos el oficio del más cariñoso padre, hasta que, ya crecidos, pudieron ir buscando honrada subsistencia en distintas profesiones.

Había en Sevilla, a la margen del río, un

colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, palacio hoy de los duques de Monpensier, en cuyo establecimiento, planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa *Escuela de Mareantes*, de Triana. Era preciso para ingresar en ella ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado, que costeaba la educación y alimento de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de San Telmo. Poco después lo fué también el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo a una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas lámparas colgadas de trecho en trecho, me parece estar viendo todavía.

Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario; y digo nuestro, porque siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho colegio un espantable y disparatado drama, que se titulaba, si mal no recuerdo, *Los conjurados*. Asimismo comenzamos una novela. Me extraña la candidez con que aque-

llos dos niños, ignorantes de todo, se lanzaban jugando a los dos géneros literarios que más conocimientos exigen del hombre, de la sociedad y de la vida. ¡Tiempo había de llegar en que, a fuerza de penosos combates y rudas pruebas, adquiriesen esta ciencia, tan difícil como amarga!

El colegio fué suprimido de real orden y nos encontramos en la calle. Decididamente la fortuna se empeñaba en que no llegásemos a ser pilotos de altura, cosmógrafos y navegantes. Gustavo fué recogido por la señora Monehay, su madrina de bautismo, persona de claro talento, que poseía bastantes libros y ¡cosa rara en mujer! que los había leído todos. Estos libros fueron una mina para Gustavo; los leyó, los releyó, y como algunos estuviesen destrozados, faltándoles ya el principio, ya el fin, los empezaba o concluía de su cosecha, devanándose los sesos días enteros y semanas seguidas en semejante empeño, descomunal y extraordinario para las fuerzas intelectuales de un niño.

Por este tiempo leyó dos obras que influyeron en él notablemente: las Odas de Horacio, traducidas por el padre Urbano Campos, y las poesías de Zorrilla. Vacilando entre ambos caminos, unas veces seguía las

huellas del epicúreo cantor de Roma, valiéndose de las imágenes, alusiones y ornato mitológico, y otras adoptaba con admirable facilidad el estilo pintoresco, libre, incorrecto y desigual del poeta vallisoletano. A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras más, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa. De las de Gustavo dos solamente recuerdo: una «Al viento», imitación de Zorrilla, y otra en verso suelto, del corte horaciano, dirigida a mí, que empezaba de este modo:

Muy más sabrosos que la miel hiblea,
más gratos que el murmullo de la fuerte,
me son, Narciso, tus hermosos versos.

En 1849 había dos pintores notables en Sevilla, con estudio abierto y concurrido por numerosos alumnos, futuros émulos, cada cual en su imaginación, de las glorias de Velázquez y Murillo: uno de tales estudios, situado en el mismo local del Museo de Pinturas, era de don Antonio Cabral Bejarano, persona inolvidable por su talento y tal vez más por su gracia, delicia de cuantos le trataban; el otro, establecido en un salón alto del alcázar árabe de Abd-el-Azzis, junto al patio de Banderas; se hallaba dirigido por don Joa-

quín Domínguez Becquer, hermano y discípulo de don José, padre de Gustavo. A pesar de la circunstancia de tan próximo parentesco, ingresó éste a los catorce años en el taller de Bejarano, donde permaneció dos, ejercitándose en el dibujo, para cuyo arte, como para todos los demás, poseía extraordinarias dotes. Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aun con más disposiciones para la literatura, en vista de la facilidad y mérito de sus poesías, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costeó algunos estudios de latinidad. Entretanto Gustavo crecía y reunido constantemente conmigo ensanchaba sus horizontes poéticos por la meditación de los grandes modelos, y sobre todo por la contemplación de la naturaleza. Entonces compusimos los tres primeros cantos de un poema histórico, titulado *La conquista de Sevilla*. Pocos meses después, y hallándonos ambos en Madrid, icon qué placer me recordaba nuestros paseos en lancha por el Guadalquivir, donde bogábamos los dos entre márgenes cubiertas de álamos, sauces, palmeras, cipreses y naranjos, llenos de penetrantes perfumes de azahar y alumbrados por un sol de fuego, o por la redonda y ancha luna que hacía brillar el río como si

fuese plata fundida! ¡Cómo gozaba también al recordar nuestros solitarios paseos a las ruinas de Itálica; las cien y cien leyendas que formábamos en voz baja, ya vagando por las gigantescas naves de la desierta catedral, ya inmóviles y contemplando entre la sombra de algún ángulo apartado el sepulcro de un sabio, de un santo, de un guerrero, o las innumerables estatuas de ángeles, vírgenes, profetas, psalmistas, reyes y apóstoles que, desde los hucos de sus hornacinas o desde los pintados vidrios, parecían mirarnos tristemente a nosotros, tan jóvenes y tan entusiastas!

El tiempo es despiadado; barre y se lleva a su paso las ilusiones de la adolescencia y los fríos desengaños de la ancianidad, empujando siempre adelante, lo mismo al que teme que al que espera. En el otoño de 1854 vino Gustavo a Madrid, resuelto a conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó a la ve Gustavito el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido y de poder subvenir a las necesidades más

imprescindibles de la vida. Dando pormenores de este período de la suya, temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.

En 1857, ayudado de otros literatos, y dirigiendo la obra, emprendió la *Historia de los templos de España*, de cuyo importante trabajo sólo pudo publicar el primer tomo, notable bajo el doble concepto de la redacción y los dibujos, algunos de los cuales son suyos, singularmente el de la portada. Todos ellos, así como otros varios sobre diversos asuntos, muestran con toda certeza que hubiera sobresalido en la pintura, a no haberla pospuesto y desatendido para dedicarse exclusivamente a las tareas literarias.

Como todo en nuestro país lo absorbe la política, en ella casi siempre se ve obligado el escritor a buscar los recursos que en el cultivo de las letras no halla, sentando plaza bajo tal o cual enseña política, y convirtiéndose, de publicista, en jornalero asalariado de la publicidad, que a veces desarrolla pro-

yectos que no entiende, sustenta cuestiones que no le importan y se propone casi diariamente como supremo fin el llenar determinado número de cuartillas para aplacar la voracidad de ese insaciable monstruo llamado Prensa periódica. Gustavo, en 1861, escribía para *El Contemporáneo*, diario en que parece se habían dado cita muchas elevadas inteligencias. Gravemente enfermo en esta época, se retiró en busca de aires más puros, acompañándole su hermano el pintor, Valeriano, al histórico monasterio de Veruela, donde escribió varias leyendas, fantásticas en su mayor parte, y las notables cartas tituladas *Desde mi celda*, que tanto llamaron la atención al insertarse en las columnas del citado periódico.

Al año siguiente regresó a la corte, donde comenzó a publicar, en unión de su buen amigo don Felipe Vallarino, la *Gaceta Literaria*, cuya breve, pero provechosa existencia, bastó para darnos a conocer excelentes artículos y poesías, y el primer tomo de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por Adolfo Federico de Schack, traducida del alemán con sumo acierto por don Eduardo de Mier. Este año y el de 1863 continuó Gustavo formando parte de la

redacción de *El Contemporáneo* y embelleciéndolo con varias leyendas llenas de ingenio, novedad y colorido poético. En los baños de Fitero, adonde fué a buscar la salud el verano del 64, acompañado de su inseparable Valeriano, compuso la leyendita del *Miserere*, fantástico, y también otras varias no menos interesantes, que en breve sus amigos, reunida a sus demás obras, daremos a la estampa.

A su vuelta de los baños de Fitero continuó en *El Contemporáneo*, y poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político, porque su situación lo imponía. Digo pesada cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo. Cuando le llegó el de verse libre de ella, aceptando un destino que le permitía entregarse a sus estudios favoritos, mejor diré a sus sueños, pues Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida, su júbilo fué grande y proyectó vastos trabajos literarios, que, habiéndolos podido desarrollar, le hubieran dado ciertamente en nuestra historia el

alto puesto que su talento merecía. Durante el tiempo de su empleo escribió un breve tomo de poesías, titulado *Rimas*. Don Luis González Bravo, ministro entonces, y particular amigo del poeta, se encargó espontáneamente de ponerlas un prólogo e imprimirlas a sus expensas; tal fué la originalidad, la frescura y el sentimiento que encontró en ellas, como encuentran hoy cuantos las conocen y conocen la vida del autor!

Estalló y triunfó el movimiento revolucionario de 1868; cayó para siempre el trono de doña Isabel; ésta y sus ministros buscaron precipitadamente refugio en país extranjero; Gustavo presentó dimisión de su empleo; volvió los ojos a la poesía; pero no pudo recobrar su volumen manuscrito, extraviado en aquellos días por efecto de las circunstancias de quien lo conservaba entre los papeles y libros. Con ímprobo trabajo consiguió el poeta ir recordando y transcribiendo sus composiciones; retirado a la imperial Toledo, se extasiaba su espíritu ante las grandiosas ruinas de otras edades, tal vez contemplando en ellas una imagen fiel y viva de su juventud y esperanzas que a un tiempo iban desvaneciéndose.

En 1869, a su regreso de los baños en la

costa del Norte, vino a vivir en las afueras de Madrid, en el barrio de la Concepción. Allí se entregó con afán a su vida solitaria y contemplativa; pasaba días enteros cultivando su jardín, hablando de literatura y artes con Valeriano y los amigos que iban a visitarle, o alternando en infantiles juegos con sus pequeños hijos. Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio; verdad es que a él parecía habersele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella. En este retiro apacible escribió algunas nuevas poesías; proyectamos publicar una biblioteca de grandes autores, para lo cual comenzamos a traducir él a Dante y yo a Homero; organizó el notable periódico titulado *La Ilustración de Madrid*, que bajo su dirección empezó en 1870, y donde tan buena muestra dió de sí Valeriano como dibujante conocedor de costumbres y tipos españoles. ¡Quién podría decirle que dentro de breve término habían de imprimirse en el mismo papel su necrología y la de su querido hermano!

En septiembre ocurrió el fallecimiento de éste, y desde entonces pudo afirmarse que Gustavo quedó herido de muerte. ¡Tal fué el abatimiento y pesar que produjo

en su alma la pérdida de este hermano y compañero, con quien había compartido siempre su bolsillo, sus esperanzas, sus grandes penas y alegrías breves, su habitación y su vida! Sí, largas penas y alegrías breves, y además lucha incesante y obstinada; en estas palabras se halla comprendida su existencia. Su gozo era fugaz como el tránsito de los días primaverales: una ilusión, un desvanecimiento de un instante; no es posible leer sin pensar en esto la siguiente bellísima composición de sus *Rimas*:

Los invisibles átomos del aire
En derredor se agitan y abrillantan,
El cielo se deshace en rayos de oro,
La tierra se estremece alborozada;
Oigo vibrar en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas,
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
Es el amor, que pasa.

Es verdad que pasa y no vuelve, como no vuelven tampoco las generosas ilusiones ni las espléndidas esperanzas de la juventud. En cambio, el dolor, una vez llegado, permanece y echa de día en día, como los árboles, más hondas raíces en nuestro corazón; y pues me he valido de algunos versos de Gustavo

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

para confirmar la primera idea, sírvanme otros del mismo para la segunda, indicando al par otra especie de tormento que le devoraba:

Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición:
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme a sangre fría el corazón.
Y ella prosigue alegre su camino,
Feliz, risueña, impávida... ¿Y por qué?
Porque no brota sangre de la herida.
Porque el muerto está en pie.

Muerto se juzgaba ya, aunque no exhalaba su pesar en estériles ayes; muerto para la alegría y la confianza; así le veíamos siempre triste y meditabundo, como si fuera recordando en su interior continuamente una por una las páginas de su dolorosa historia, a que puso fin una rápida enfermedad el 22 de diciembre de 1870.

¿Terminaré estos apuntes biográficos examinando literariamente sus *Rimas*, *Leyendas* y demás producciones? De ningún modo. El público las leerá y juzgará en breve; sé muy bien que es inapelable su fallo, y nunca me pareció justo ni conveniente andar disculpando faltas ni encareciendo méritos. Lo que sí procuro con estas líneas es indicar las con-

B I O G R A F I A

diciones difíciles y adversas en que se desarrolló el genio de Gustavo, para que, no perdiéndolas de vista, pueda juzgarse por lo que hizo, lo mucho que era capaz de hacer, y por las ideas poéticas que dejó consignadas, las muchas y grandes que llevó consigo a otras regiones más serenas y resplandecientes.

NARCISO CAMPILLO

NOTA DEL RECOPIADOR.—Esta biografía la escribió Narciso Campillo para un libro que no llegó a publicarse, y que titulaba *Mis contemporáneos*. El manuscrito lo conservó entre sus papeles don Julio Nombela.